





# La moderna Atenea

*Colección Átropos*



# La moderna Atenea

M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón

Primera edición en Triskel Ediciones, enero 2018  
© M<sup>o</sup> Concepción Regueiro Digón, 2008  
© Triskel Ediciones, 2018

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-948064-0-7

Depósito Legal: SE 2412-2017



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5  
41009, Sevilla, España  
triskelediciones@triskelediciones.es  
www.triskelediciones.es

Ilustración: Eva Vázquez  
Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.  
Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.







# **El Prodigio de las Letras**

- Boletín Cultural de la Comarca -

III Época   Año VIII   Número XV   Enero-junio 2003   3,25 €

Presentación

Una aproximación indirecta a una figura desconocida. La obra por descubrir de Dorotea Suances (I)

Los retablos barrocos de la Antigua Capilla de Las Mercedes

El estreno de La Dama de las Camelias en el Teatro Principal

Noticias de la Comarca

Un momento de poesía

El Rincón de los lectores

## PRESENTACIÓN

Un semestre más, estimado lector, tienes entre tus manos este humilde boletín. Quince números en la calle con un incremento en la tirada de quinientos ejemplares y con más y mejores colaboradores.

Pero, cuando este estaba destinado a ser un boletín de la celebración, pues es realmente una fiesta para la cultura de nuestra comarca que una publicación tan modesta gane lectores, un suceso espantoso ha venido a empañar nuestra alegría.

Todos conocen la noticia de la muerte en accidente de circulación de nuestra querida amiga y colaboradora Magdalena Luiz Álvarez el pasado 5 de diciembre. La carretera nos la ha arrebatado recién cumplidos los treinta y cuatro años y sólo dos días después de que su libro de cuentos *Rumores de la sentina* fuese votado como la Mejor Primera Obra del año 2002 en la Web de la Sociedad Intercultural de Lectores.

Magdalena publicó varios trabajos en este boletín sobre temas relacionados con la historia de nuestra comarca, caracterizados todos ellos por su extremada precisión y rigor literario. Sólo unos días antes de su fallecimiento, me entregó lo que finalmente será su trabajo póstumo y que entonces se programaba como el primer artículo de una serie de tres sobre la figura de la casi desconocida Dorotea Suances de Amboa, mujer actualmente olvidada y de la que apenas nos queda el recuerdo de su mansión familiar, la *Casa Suances*. Magda había llegado a una serie de descubrimientos sor-

prendentes sobre esa persona a partir del préstamo de unas cartas. Su idea era redactar, por lo menos, esos tres artículos conforme fuera averiguando nuevos datos y los lectores se sintiesen gradualmente atraídos por la historia, misión muy sencilla para una autora dotada de un estilo narrativo tan atractivo, mezcla de suspense y erudición. Quienes tuvimos el privilegio de conocer a Magda recordamos su total pasión por nuestra historia, una pasión que sólo podía ejercer entre guardia y guardia de su trabajo de enfermera en distintos centros de salud de la provincia, y esta figura tan desconocida de la antigua familia Suances le había interesado muchísimo pero, como me había comentado en su momento, “tendría que investigarlo a paso de tortuga” y, por otra parte, no quería fatigar al público con una miríada de datos que le hiciesen perder interés por quien ella consideraba una dama fascinante, idea que también compartirán los lectores cuando lean el texto.

En la redacción de *El Prodigio de las Letras* creemos que el mejor homenaje posible a nuestra querida amiga y compañera es publicar íntegramente ese único artículo resultante, por mucho que su final optimista prometiendo esos nuevos capítulos que ya nunca llegarán nos provoque un nudo en la garganta. Creemos igualmente que es un buen regalo para nuestros lectores, también desolados por la pérdida de una autora de talento, tal y como me han expresado tantos y tantas por diversos medios. Sirvan pues de sentido recuerdo hacia ella las siguientes páginas.

Pero la vida sigue, y esta revista ofrece más trabajos relacionados con la actividad cultural de nuestra comarca. Armando Vicente insiste en su ingente labor de catalogación del arte religioso y en este número nos ofrece una precisa descripción de los retablos barrocos de la antigua Capilla de las Mercedes. De nuevo tenemos el lujo de contar con sus vastos conocimientos en Historia del Arte para averiguar un poco más sobre una edificación amenazada

de ruina en la actualidad y que hace menos de medio siglo era considerada ejemplo de arquitectura religiosa del siglo XVI.

Muy distinto es el artículo firmado por Eduardo Matesanz sobre el estreno de *La Dama de las Camelias* en el Teatro Principal el 7 de abril de 1911. Con ese estilo poético tan suyo evoca la ceremonia de inauguración del edificio cuyo punto culminante fue precisamente esa representación, la cual contó con la presencia de algunas de las más importantes personalidades políticas y culturales de la época. En la actualidad, dicho edificio espera unas obras de restauración que lo vuelvan a convertir en el referente cultural de la zona y por las que desde esta publicación apostamos con entusiasmo.

También de Eduardo Matesanz son los versos del apartado *Un momento de poesía* y que forman parte de un poemario galardonado recientemente en el Certamen *Ciudad de Huelva*. Un prodigio de sensibilidad y talento gentilmente cedido a la revista por el autor.

Con el deseo de que estos contenidos sean de su agrado, les invitamos cordialmente a leer las siguientes páginas.

# UNA APROXIMACIÓN INDIRECTA A UNA FIGURA DESCONOCIDA. LA OBRA POR DESCUBRIR DE DOROTEA SUANCES (I)

Magdalena Luiz Álvarez

## Una breve introducción a la figura de Dorotea

No es nada nuevo la abundancia de personajes femeninos imponentes en la novela del siglo XIX, de Ana Ozores a Madame Bovary, sin olvidarnos de heroínas rusas como Ana Karenina. Como es sabido, todas creadas por autores masculinos. Otra característica relevante es su derrota final en una u otra forma a causa de sus acciones, aspecto este quizás distinto si el sexo del escritor hubiese sido otro.

La vida de Dorotea Suances de Amboa podría haberse planteado como un argumento peculiar de otra novela más de ese siglo prodigioso para la Literatura, pero en un período dominado por el estilo realista o, por el contrario, con ese romanticismo lánguido, sintomático de la tuberculosis endémica de la época, sus actos y su personalidad no habrían casado en absoluto con el retrato-robot de los personajes femeninos habituales. Además, su extrema discreción, rayana en lo patológico en una (errónea) primera impresión hubiera resultado una barrera infranqueable para el autor más perspicaz. Resulta curioso por eso que llegasen noticias sobre ella al gran escritor portugués Eça de Queiroz, circunstancia pronto aclarable por su vieja relación de amistad con Alipio Joaquim Antunes, un pretendiente desechado del otro lado de la frontera y cuya historia no tendría que ofrecer a nadie grandes garantías de verosimilitud, pues debió de estar escupiendo resentimiento por ese episodio hasta el mismo día de su muerte.

En todo caso, el autor de Povoá de Varzim se sintió tentado de incluir de alguna manera a esta mujer tan peculiar en su novela *O Primo Basílio*, según declaraba en una entrevista a un diario lisboeta en 1878, una idea posteriormente desechada por la personalidad tan extraña de Dorotea, inclasificable para la época y, en consecuencia, sin cabida en una obra de carácter costumbrista, un extremo un tanto irónico si, al igual que con cualquier iceberg, sólo se dejaba ver una pequeña parte del total, rico y complejo como cualquier organismo fantástico.

Otro hecho bien sabido es la gran batalla del feminismo por el paso desde la vida privada, único reducto permitido al desarrollo (?) de la mujer, a la vida pública, coto exclusivo del poder masculino. Habría entonces una gran contradicción entre el trabajo y el comportamiento de la señora Suances en esa primera impresión, sobre todo ateniéndonos a los escasos datos biográficos de los que existe constancia.

Un estudio superficial del Registro Civil nos indica el fallecimiento de su madre en 1867 y de su padre en 1872, en ambos casos por enfermedad, y su boda ya en la treintena con un primo lejano, Emiliano Amboa, propietario de una de las únicas boticas de la comarca en aquel entonces. Según el comentario del engolado cronista del periódico local, Dorotea y Emiliano eran compañeros de juegos en la niñez y luego grandes amigos desde ese período más complejo de la adolescencia. Guiándonos por ese mismo Registro Civil, no tuvieron hijos y, siempre en base a dicho documento, el marido habría fallecido a los diez años de casados por causas no aclaradas. En todo ese tiempo de matrimonio, Dorotea nunca dejó constancia de haber participado en ninguna actividad y, lo que es más sorprendente, antes y después de ese período de vida común mantuvo la misma postura de recogimiento. No cabe por tanto la justificación del constreñimiento acostumbrado del rol femenino en la pareja tradicional. Se intuye tam-

bién, siempre desde la prudencia imprescindible en una hipótesis tan poco verificable, una serie de pretendientes previos, todos puntualmente rechazados (vuelvo a recordar el caso de Alipio Joaquim Antunes), circunstancia que seguramente le granjeó fama de antipática, y que nos llevaría a suponer una sorpresa maliciosa de la opinión pública cuando por fin celebró su boda y abandonó los peligrosos territorios de la soltería para una mujer en aquellos años, más si tenemos en cuenta la ausencia de rasgos personales relevantes del esposo para justificar esa elección concreta, a excepción del afecto compartido desde la infancia.

Por lo demás, esa exigua prensa local de la época menciona muy escasamente su figura en los *ecos de sociedad*, pese a su pertenencia a una de las familias de más rancio abolengo de la villa, reforzado este con su matrimonio, pues Emiliano también era de la élite, incluso tenía conexiones lejanas con la Familia Real. Tras un análisis concienzudo, sólo se puede encontrar mención a su asistencia a un par de conferencias impartidas en el Liceo, una acompañada por su marido y otra siendo ya viuda. Ni los famosos bailes de Carnaval o de Fin de Año de ese mismo establecimiento gozaron nunca de su participación, si bien ella pagó religiosamente su cuota de socia hasta el mismo instante de su muerte. Tampoco hay constancia de su concurso en las actividades de Beneficencia de la parroquia, ni siquiera podemos hablar de un leve interés en otros círculos más iconoclastas propios de ese período. Una y otra vez daremos con ese apartamiento prudente del entorno, lejos de toda dinámica de aquellos años de la segunda mitad del siglo XIX.

Cabe entonces la pregunta: ¿por qué ocuparse de la figura de esta mujer? Al fin y al cabo, ese es el siglo de mujeres impresionantes como Marie Curie o Camille Claudel, también de las heroicas sufragistas de otros países, y la buena de Dorotea no parece ofrecer grandes atributos que justifiquen el esfuerzo siquiera de estas líneas.

Pero, como es tan frecuente, a veces acabamos sabiendo las cosas por terceras personas, pues son ellas las que de verdad nos ofrecen el reflejo de la obra de esas protagonistas. Si para conocer la obra de Sócrates necesitamos recurrir a los escritos de Platón, para hacernos una primera impresión de la señora Suances será recomendable recurrir a las cartas de otra desconocida contemporánea como Cándida Vizoso.

### Los primeros datos sobre Cándida

Está claro que el siglo XIX en nuestro país no fue especialmente generoso con las mujeres. La educación trataba a casi la mitad de la población como a débiles mentales, cuando no se olvidaba claramente de ellas, y su participación política era nula. En todo caso, eran unos tiempos donde los llamados *mecanismos democráticos* se convertían en un mal chiste del que no se salvaba ni la endeble liturgia del voto, aun a pesar de todos los sueños de las Cortes de Cádiz de las primeras décadas. El caciquismo como fórmula de cohesión política inhabilitaba cualquier intento de progreso en una sociedad estructurada en gran parte sobre las jugadas de estrategia de los poseedores de determinados dispositivos de poder y, por el contrario, creaba ese lastre del clientelismo que tan áridamente se sigue sufriendo en pleno siglo XXI.

Dorotea nació en 1850 y murió en 1920. Le tocó de lleno toda esa etapa de la historia española conocida como *Restauración*, en consecuencia. Sobre la fecha de nacimiento o de defunción de Cándida, por el contrario, no tenemos grandes referencias, si bien cabe imaginarla de la misma edad o, como mucho, dos o tres años más joven.

Cándida debía de provenir de una familia de esta misma localidad o, por lo menos, de la misma comarca. Al contrario que la



esposa de Emiliano Amboa, no fue bendecida por una buena posición económica. Ignoramos el número de hermanos que tuvo, o la ocupación exacta de los padres, incluso el propio número de progenitores, pues un documento de esa época del grupo de Beneficencia local registraba entre sus beneficiarias a una tal viuda de Vizoso, si bien este apellido era bastante habitual aquí.

Algunos documentos de la Escuela Normal de los años 1871 y 1872 señalan una Cándida Vizoso, pero ese mismo nombre no aparece en ningún listado de titulados. La conclusión lógica sería por ello que esta mujer inició los estudios para maestra, pero no los habría finalizado.

En fechas recientes, el Ayuntamiento exhibió viejos padrones de habitantes. Con aquellas letras barrocas propias de los funcionarios decimonónicos aparecía como domiciliada en la casa de Dorotea Suances la persona de quien ahora nos estamos ocupando. Corre el año 1881 y entre el cuerpo de servicio aparece una *Cándida Vizoso* con la categoría de doncella. El espíritu crítico, tan útil en el estudio documental, hace aflorar una pregunta capciosa: ¿por qué una persona a quien se puede suponer cierto desinterés por determinadas costumbres sociales tendría una doncella? Es cierto que las damas de clase alta solían disponer de un variado cuerpo de servicio, casi calificable en ocasiones de batallón. No es el caso de Dorotea. Ella prefirió vivir en una pequeña casa situada en lo que antaño serían los arrabales de la localidad frente a la más grande mansión familiar, cercana a la Catedral. Ese edificio sería alquilado al notario en 1878 y posteriormente vendido por un precio muy bajo al municipio para allí instalar la Casa Consistorial, por lo que se pueden imaginar la importante superficie del inmueble. Su elección de la casa de los arrabales, por tanto, debió de venir a recortar sus necesidades domésticas.

Lo que en adelante conoceremos como la casa de Dorotea, sin más, era una vivienda de dos plantas y un exiguo jardín, probable-

mente descuidado por cuanto nunca dispuso de los servicios de un jardinero, si bien un cronista local habla de forma cursi sobre el marido de Dorotea arreglando ese terreno, seguramente con más buena voluntad que pericia. No se puede concretar el número de estancias puesto que el documento de 1875, de donde he sacado esta información, no especifica hasta ese punto.

La casa vendría a estar situada hacia la salida del pueblo y justo antes de donde en la actualidad se está construyendo la nueva urbanización de adosados. Si bien ahora es lo que se puede considerar una buena zona en cuanto a comunicaciones, en la segunda mitad del siglo XIX era un paraje casi desértico, con pocas viviendas a su alrededor, lo que supondría una escasa vida social de recepciones, visitas y similares. Tampoco pueden suponerse grandes necesidades por su discreto tamaño. Se entiende entonces que llegase para su limpieza y mantenimiento con el único concurso de doña Amanda, asistente de la familia desde la infancia de Dorotea, tal y como demostró una revisión atolondrada de otros censos antiguos.

En aquellos años, era frecuente que las jóvenes más desfavorecidas acudieran a la villa huyendo de los duros trabajos del campo y fuesen acogidas por las distintas familias pudientes, quedando incluidas entre su personal de servicio.

Todo nos hace suponer que la familia Suances acogió a Amanda con esa mezcla de paternalismo y espíritu negrero propio de los estamentos superiores de la época. No obstante, esa mujer debió de gozar de diferentes oportunidades para dejar a la familia y nunca lo hizo, optando finalmente por acompañar a Dorotea en su vida de huérfana de veintidós años primero y de casada después.

La imaginación lastrada de lugares comunes nos permite suponer a una Amanda de enorme volumen, modales bruscos e inmensa capacidad de trabajo, capaz de arreglar ella sola un edificio de varias plantas al ritmo de cualquier tonadilla tradicional cantada a

voz en grito y aun elaborar los más exquisitos platos y postres típicos. En resumen, una pieza clave en la vida de cualquier hogar que haría innecesaria la contratación de otras figuras para el servicio doméstico, sobre todo si la responsable de la casa era una dama de las características de la señora Suances, ajena a cuanto moda sobre el tema se estilaba en la época. En cualquier caso, Cándida Vizoso compartió techo con ella desde la condición de empleada del hogar. Si hubiese habido hijos, se podría alegar su preparación básica en temas docentes, pero, como sabemos, el matrimonio Amboa-Suances no tuvo descendencia. Por el contrario, es habitual la reticencia entre las clases altas con los empleados de mayor cultura, podría decirse incluso que bastantes preferirían a los más cercanos al eslabón perdido en la evolución humana, y por ello, más maleables para las tareas básicas a desempeñar. La contratación de Cándida Vizoso, por tanto, resultaría más extraña aplicando el sentido común, pero, como verán, ella es una parte fundamental para este artículo y los siguientes, y por eso debemos seguir considerando su participación.

Los primeros datos claros sobre Cándida Vizoso de los que pude tener constancia provienen de algo antaño tan habitual como una carta de recomendación. En concreto, la encontrada entre los papeles de un infame poeta local, Luis Barones Alvey, durante la exposición retrospectiva por el centenario de su fallecimiento (tan afortunado, por otra parte, para la Literatura), organizada por el Ayuntamiento a falta de más escritores de renombre en la historia local. En ausencia de mejores documentos, ese papel también fue mostrado con todos los honores, compartiendo vitrina con los infectos originales de varios poemas, y seguramente fue leída con mayor atención que las rimas rimbombantes. Esa carta había aparecido entre las páginas de su magnífico tomo de *El Quijote* y, por lo que parece, había sido dejada allí por claro descuido, si atendemos a las dobleces descuidadas y luego fosilizadas por el

paso del tiempo. El hecho de que se salvara de la papelera nos permite ahora crearnos una primera imagen de esa persona, imagen, en todo caso, poco espectacular, a tenor de los datos.

La carta fue enviada por un tal Norberto Ledesma Argibay. Está fechada en Madrid el 22 de octubre de 1872 y en ella se recomienda a la joven para realizar labores de secretaria. Sabido es que ese poeta decimonónico nunca aceptó otra presencia en la casa ajena a la de su sufrida esposa, Vicenta de Jesús, y luego el par de hijos, Luis Alberto y Eladia de las Mercedes. Fácil es suponer por tanto que ni consideró la propuesta de ese misterioso hombre, según reflejan sus dos biografías, donde no consta un detalle tan peculiar para la época como una secretaria femenina. Sin embargo, debía de tener al remitente en cierta consideración cuando decidió conservar la misiva y no se deshizo de la misma como el arrogante hombre que era, capaz de semejante descortesía con los allegados amparándose en la efímera fama de los cretinos (en una especie de venganza de la historia, su obra más conocida, *los colosos amantes de Afrodita*, ha sido ridiculizada en un taller de escritura impartido por la Universidad de A Coruña hace escasos meses. Entre risas, profesores y alumnos llegaron a la conclusión final de que era el peor poemario leído por todos en mucho tiempo, un claro ejemplo de pedantería fútil y autocomplaciente, y donde quedaba en evidencia un tremendo complejo de inferioridad del autor).

La carta se inicia con un empalagoso “Mi muy querido amigo Luis” y, tras una prolija y obvia descripción sobre el clima de la capital (es evidente que en esa época del año las noches empiezan a ser más frescas o que ya hay menos horas de sol) y otros asuntos sin importancia, pasa al verdadero motivo de su escrito. Así, comienza con el aviso concreto:

*En los próximos días, querido amigo Luis, recibirás la agradable visita de una joven morena y delgada,*

*cuya mirada inteligente y profunda te será regalada por unos ojos color avellana que no se cohibirán en la presentación. Verás su origen humilde en sus ropas gastadas, pero bien cuidadas, propias de quienes llevan su pobreza desde la fortaleza de su dignidad y comprenden perfectamente la importancia de la buena administración de los bienes más propios. Esa muchacha se llama Cándida Vizoso y he tenido el placer de conocerla en una de mis frecuentes visitas a la Escuela Normal Femenina. Como bien recordarás, gusto de pasarme a menudo por allí para observar de cerca a esos ángeles y futuros transmisores de los rudimentos del saber a nuestros tiernos infantes. Por eso puedo disponer de un conocimiento adecuado del carácter de esa muchacha, desarrollado a través de múltiples penas y avatares de los que ella te pondrá en antecedentes.*

No se caracterizaba el remitente por la virtud de la concisión, pero, al menos, nos da una primera descripción física de esa mujer. Hay también una admiración indisimulada hacia su carácter, cargada de la habitual condescendencia masculina de la época. Nada reseñable, en resumen. Es en la petición concreta donde quedan expuestos más datos:

*Cándida posee las virtudes tan poco presentes en su género de la meticulosidad y el orden, unidas a una extraordinaria capacidad de trabajo y a unas correctísimas dotes de amanuense. Recuerda, querido amigo, tus frecuentes quejas sobre el desbarajuste de tus escritos y ahora dime que esa joven no es la respuesta concreta a tales necesidades domésticas. No te voy a negar que resultaría mucho mejor que el objeto de mi*

*recomendación fuese un secretario de las características del viejo Antonio (?), a quien Dios tenga en su gloria. Es cuasi verdad de fe la sempiterna incapacidad de las adorables costillas de Adán para las tareas intelectuales, pero puedo asegurarte que con Cándida vas a llevarte una grata sorpresa. Tiene conocimientos básicos de francés, lo que te permitiría reanudar la correspondencia con ese editor de París, y su preparación como enseñante será de gran utilidad para Vicenta cuando Tito (su hijo Luis Alberto) aprenda las primeras letras. Además, dando trabajo a esa joven realizas una verdadera obra de caridad cristiana. Cándida ha tenido una vida plagada de desgracias y sinsabores y en la actualidad su situación económica es desesperada. Su amor propio, sin embargo, no le permite mendigar ayudas de otros allegados o desempeñar las labores domésticas en casas honorables a las que otras jóvenes con el mismo infortunio se han visto obligadas. Por eso insisto, querido amigo, en su correcta preparación para las tareas administrativas en donde tú tanta colaboración necesitas y por las que su contratación quedaría plenamente justificada. Como ya te he dicho en innumerables ocasiones, tu maravilloso genio creativo no debería ser mancillado por las burdas obligaciones cotidianas de los papeles y las cuentas. Demasiada gente está esperando tu nuevo poemario y no te está permitido retrasarlo debido a esas rémoras de las cuales tú quedas eximido.*

Salvando la grima provocada por la típica falacia machista sobre capacidades de género, tenemos un detalle sorprendente, incluso inquietante: “*su amor propio, sin embargo, no le permite (...)*

*desempeñar las labores domésticas en casas honorables a las que otras jóvenes...".* No obstante, constó durante un número indeterminado de años con la categoría de doncella en la casa de Dorotea. Cierto es que cuando la necesidad aprieta, el amor propio se bate en retirada y hay el suficiente tiempo pasado entre esta carta y el posterior apunte en el padrón con la familia Amboasuanes. La carta también nos confirmaría su paso por la Normal e, indirectamente, su abandono de la misma. Incluso de la misma forma indirecta podemos suponer esa orfandad de padre que la indicación de una “viuda de Vizoso” en el listado de Beneficencia señalaba.

No ha sido posible encontrar ningún dato sobre Norberto Ledesma Argibay, detalle también calificable de inquietante. Para un memo de la categoría de Luis Barones Alvey, cuya norma vital pasaba por una rendida devoción por las excelsas virtudes de las clases altas y una prevención total al roce infame con las bajas, el requisito mínimo para su amistad debía ser un título nobiliario o un cargo base de doctor o de juez. Además, las frecuentes incursiones en la Normal de ese misterioso remitente deberían hacerse desde el salvoconducto que sólo un nombre importante o un alto cargo proporciona, pero en una concienzuda revisión de anuarios y otros documentos de la época, similares a los famosos *quién es quién* a los que se ha tenido acceso, no se ha encontrado a nadie con ese nombre.

En realidad, adonde quería llegar tras tantas vueltas es al inesperado préstamo que justificaría toda mi explicación previa. Hace algún tiempo, una conocida habló con mi madre acerca de unos papeles que su abuelo guardaba en un arcón. Ese hombre (de nombre Laureano Valvey Rodríguez y conocido en su pueblo por

“El Lano”) había fallecido hacía escasos días y al desmontar su casa se encontraron con un misterioso paquete amarillento.

Fue una auténtica sorpresa pues se trataba de cartas y anotaciones firmadas por una misma persona de quien no tenían referencia. “El Lano” había sido un hombre de naturaleza reservada, incluso huraña, según los comentarios de su propia nieta, pero, de cualquier forma, no se había dado una situación de apartamiento tan enorme con la familia como para haber ocultado un detalle tan significativo. Seguramente, dichos papeles tuvieron diferentes escondrijos a lo largo del tiempo hasta por fin recalar en el sitio donde fueron encontrados.

No nos engañemos, el hallazgo fue movido por diferentes anticuarios y libreros de viejo para ver si tenía algún valor (cuando, como en este caso, se pelea toda la familia por una herencia incierta, se tasa, literalmente, hasta el último pedazo de papel), así que cuando fue mencionado a mi madre ya había sido considerado un trasto más a quemar en cualquier fogata. Sin embargo, esta conocida había preferido meterlos en su coche y traerlos hasta aquí. Un raptó de superstición sobre los desconocidos motivos de aquel hombre para guardar los papeles de una misteriosa mujer y la consideración casi mítica hacia las personas con obra publicada, por muy modesta que esta sea, dieron lugar a ese ofrecimiento y a la aceptación, mejor dicho, a la no formulación de una negativa. Con sinceridad, no tenía ningún interés en ellos, mi alergia al polvo no recomienda ese tipo de aventuras lectoras y mi humilde obra nunca había precisado una investigación histórica más allá de las fuentes habituales, pero un día pudo más la curiosidad.

Paso, pues, a transcribir las cartas por orden cronológico, de la misma forma que Laureano las guardaba. No se conservaban los sobres y casi siempre desconoceremos la identidad de los destinatarios y destinatarias (es prácticamente seguro que escribió a, por lo menos, dos personas distintas). También decir que, aunque



no siempre firma con su nombre completo (en algunas incluso sólo pone la inicial del nombre), tenía una caligrafía caracterizada por una imposible mezcla de letras redondeadas con letras puntiagudas, lo suficientemente peculiar para suponer a una misma autora, esa misteriosa Cándida Vizoso. Si bien ofrecen una catarata de datos asombrosos (el primero de todos, el propio hecho de que un anciano de noventa y cinco años sin rasgos biográficos relevantes guarde un montón de cartas de una misma persona con la que no tiene ningún parentesco), he preferido dejar los comentarios para el final y sólo indicar las características objetivas de cada una de ellas.